

XXXVIII.

“Apresúrate, ó siervo de María,  
 “Dí qué orden de esa Reina bella y pura  
 “A estas cavernas móviles te guía.  
 “¿Los tiempos se han cumplido por ventura?  
 “¿De amontonar las nubes llegó el día?  
 “¿A los vientos daré nueva bravura?  
 “O abriendo las esclusas del abismo,  
 “Causar debo otro nuevo cataclismo.”

XXXIX.

“Nuevas traigo de paz y no de guerra,  
 “Dice Gabriel: al hombre ama el Eterno.  
 “La Cruz va á tremolar sobre la tierra,  
 “Y Lucifer á entrar en el infierno.  
 “Entre los vientos que tu gruta encierra,  
 “Quiere María envíes el mas tierno,  
 “Que conduzca á los puertos los esposos  
 “Que ves dejan la Grecia presurosos.”

XL.

“De la estrella del mar se cumpla el mando,  
 (Dice el Angel que rige mar y viento  
 Inclinandose al nombre venerando)  
 “Al lugar baje luego del tormento  
 “Satanás con su horrible y negro bando,  
 “Ya que á veces con grande atrevimiento  
 “Me suelta á mi pesar los huracanes  
 “Que tengo que encerrar con mil afanes.”

XLVI.

Entre los ardores que el viento tiene atado,  
 Dice, y abriendo luego con su llave  
 La caverna en que el viento tiene atado,  
 Solo suelta el mas blando y mas suave,  
 El Favonio de aromas perfumado,  
 Que dirige sobre una y otra nave,  
 Y con un horizonte despejado,  
 Las dos siguiendo rumbo diferente,  
 Hacia el puerto caminan igualmente.

XLVII.

Con tan benigno influjo la ribera  
 Toca Eudoro de Italia, y el camino  
 Toma de la ciudad donde le espera  
 Con deseo impaciente Constantino.  
 En solemne sesion la curia entera  
 Iba á tratar la suerte y el destino  
 De la Iglesia: Diocles otorgára  
 Quien por esta en la junta perorára.

XLVIII.

El concilio cristiano reunido  
 Suplicaba al Señor con vehemencia  
 Que un defensor les diese distinguido  
 Que contrastar pudiese la elocuencia  
 De Símaco, orador esclarecido.  
 Mas luego que supieron la presencia  
 De Eudoro, al Señor todos bendijeron,  
 Y de comun acuerdo le eligieron.

XLIV.

Entre los oradores eminentes  
Que en aquella sazón en Roma había,  
Simaco (11) era el más sabio y afuente.  
Su facundia triunfante parecía  
A un río que arrebatara en su corriente  
Cuanto obstáculo encuentra su ufania.  
Pontífice de Jove, fué nombrado  
Para abogar su causa en el Senado.

XLV.

En tanto que llegaba este momento  
Que decidir debía del cristiano,  
A Roma vino Hiérocles sangriento.  
Sabido que su empresa fuera en vano  
Para robar á Eudoro su contento  
Que salvar consiguió con fuerte mano.  
Supo también que á Roma había ido,  
Y en pos suya partiera enfurecido.

XLVI.

El bando de sofistas arrogante  
Que en materias de culto presumía  
Corresponderle un voto relevante,  
Ser oído en la junta pretendía.  
Diocles les otorgó un representante.  
Así se poseyeron de alegría  
Al saber que el Prefecto era llegado,  
Y el cargo de orador le fué acordado.

XLVII.

El día que juzgar debe la suerte  
De la mitad del orbe conocido:  
Día de asolación, día de muerte,  
Del cielo, infierno y tierra tan temido  
Amaneció por fin: no bien se advierte  
Del alba el primer rayo esclarecido,  
Y ya del capitolio las entradas  
Por la guardia Pretoria están tomadas.

XLVIII.

De tan grande espectáculo curioso  
Un pueblo inmenso se halla derramado  
A lo largo del Tíber caudaloso,  
Teatro de Marcelo dilatado,  
El templo de Statór, Foro espacioso,  
Corriendo á toda parte apresurado  
Para ver el magnífico cortejo  
Al pasar á la sala del consejo.

XLIX.

Saliendo de las Termas Diocleciano  
Se avanza al Capitolio cual si fuera  
A triunfar del Egipcio ó Marcomano.  
Éstrema languidez su rostro altera,  
Signo de muerte próxima, y en vano  
Color postizo á su semblante diera:  
A través de esta máscara prestada  
Se traslucen los rasgos de la nada.

XLVIX  
L.

En un carro soberbio, rodeado  
 De todo el fausto de Asia, le seguía  
 Galerio, en estatura agigantado.  
 Sobre un bello corcel luego venía  
 Constantino, del pueblo idolatrado,  
 Y todas sus miradas atraía.  
 El orador despues con aire serio  
 Seguía á estos tres dueños del imperio.

XLVIII  
LI.

El antiste de Jove, á quien llevaba  
 El cuerpo de Flamines, precedido  
 De Augures y Vestales, saludaba  
 De paso al pueblo. Hiérocles erguido  
 En litera despues de aquel marchaba  
 Con Porfirio y con Jámblico, seguido  
 De un tropel de sofistas, como él necios,  
 Y del pueblo atraían los desprecios.

XLIX  
LII.

Eudoro en fin el último venía,  
 A pié, solo, talante mesurado,  
 Como quien en sus hombros sostenía  
 El peso del cristiano infortunado.  
 El pueblo en su semblante conoía  
 Al que había en estatuas celebrado;  
 El fiel su defensor en él miraba,  
 Y de mil bendiciones le colmaba.

LIII.

En medio el Capitoló se repara  
 La sala circular que á la memoria  
 Del gran César Augusto dedicára.  
 En ella está el altar de la Victoria,  
 La militar columna que declara  
 Con símbolos de Roma la alta gloria,  
 De Rómulo la célebre armadura,  
 Y de una loba broncea la figura:

LIV.

En torno de los muros suspendido  
 Se veía del Cónsul el retrato;  
 De Públicola el justo, el distinguido  
 Fabricio, del sencillo Cincinato,  
 De Emilio y Ciceron esclarecido,  
 De Marcelo, Caton, Fabio sensato;  
 Nombres grandes que Roma veneraba  
 Cuanto de sus virtudes se alejaba.

LV.

Esta sala famosa la palestra  
 Va a ser de fiera pugna. Diocleciano  
 Sube al trono, y Galerio ya á su diestra,  
 Con feroz continente y aire ufano;  
 Constantino se sienta á la siniestra;  
 Por su órden, de frente al soberano,  
 Se colocan despues los senadores,  
 Y en el medio se ven los oradores.

LVI.

El atrio y el vestibulo llenára  
 De tropa y pueblo inmensa concurrencia.  
 Al demonio y al ángel acordára  
 El Señor, tomar parte en la pendencia.  
 Al instante en la turba se mezclára  
 Aquel para escitar la efervescencia,  
 Sublevar la pasion, cegar el alma,  
 Este para ilustrar y poner calma.

LVII.

Un toro blanco fué primeramente  
 Sacrificado á Jove. Diocleciano  
 Dirige una señal, y el elocuente  
 Símaco está de pié: el pueblo Romano  
 Aplauda al orador sabio, afluyente;  
 El impone silencio con la mano,  
 Y dando á su elocuencia vasto curso  
 Principia de este modo su discurso:

LVIII.

“Clemente emperador, César triunfante,  
 “Si jamas habeis dado clara prueba  
 “Que el corazon de un principe reinante  
 “El gérmen de los Dioses en sí lleva,  
 “Es en este negocio interesante,  
 “¿Debemos proscribir la secta nueva?  
 “¿Dejaremos que en paz su culto siga?  
 “Esta la gran cuestion que se litiga.

LIX.

“Que el gran Jove me libre en su clemencia  
 “De arrancar una lágrima á un humano,  
 “Mucho mas de aclamar la violencia!  
 “¿Por qué perseguiremos al Cristiano?  
 “El cultiva las artes y la ciencia,  
 “Es guerrero leal, buen ciudadano,  
 “Util á la nacion, justo, industrioso,  
 “Buen padre, fiel amigo, casto esposo.

LX.

“Por otra parte, el medio violento  
 “Lejos de convertirlos ó acabarlos,  
 “No hace mas que prestarles nuevo aumento.  
 “¿A nuestro patrio altar quereis ganarlos?  
 “Desterrad el verdugo y el tormento,  
 “Abrid'es nuestros templos, exhortadlos,  
 “Traedlos al altar de la concordia,  
 “No al de la crueldad y la discordia.

LXI.

“La justicia y razon, ved, no lo oculto,  
 “Nos mandan ser humanos y elementes.  
 “Mas la piedad nos liga á nuestro culto.  
 “No todos los cristianos son prudentes.  
 “Algunos se permiten el insulto  
 “A nuestros Dioses patrios eminentes;  
 “Otros con su doctrina y sus ejemplos  
 “Hacen dejar á muchos nuestros templos.

LXII.

“He aquí el solo cargo que en justicia  
 “Puedo hacerles, fundado en la experiencia.  
 “Mas antes de acudir á la sevicia,  
 “Mostrémoles de Jove la clemencia:  
 “Reconozcan su falta y su injusticia  
 “En provocar un culto cuya crêencia  
 “Ha hecho á nuestra patria poderosa,  
 “Adquiriéndola el nombre de piadosa.

LXIII.

“Verdad fué en todas épocas notoria  
 “Que el culto de los Dioses elevára  
 “A Roma al apogeo de su gloria.  
 “Todo genio benéfico su ara  
 “Tuvo en ella: la Paz y la victoria,  
 “Astrea, Amor filial, Libertad cara,  
 “Dios terminó que solo en el senado  
 “Del olimpo ante Jove está sentado.

LXIV.

“Si quereis remontar al nacimiento  
 “De nuestra ilustre patria, ved su historia  
 “En esa ancha campiña de Laurento.  
 “¿Olvidareis jamas de la memoria  
 “Que una deidad en en ella tuvo asiento?  
 “El Lacio..... ¡ah! su nombre hace su gloria, (12)  
 “Y dando asilo al Númen el Romano  
 “Here dó un corazon noble y humano.

LXV.

“¿Quién no admira de Jove el poderío  
 “Al ver la rapidez con que elevára  
 “Nuestra patria á tan alto señorío?  
 “De tres pequeñas fuentes se formára  
 “Del imperio Romano el ancho rio:  
 “Alva, de los Curiacios patria cara,  
 “Los Arcadios traídos por Evandro,  
 “Y Eneas fugitivo de Scamandro.

LXVI.

“Y este Dios que operó tanto portento,  
 “Y siempre á nuestros padres fué propicio;  
 “Este Dios que inspiró con sacro aliento  
 “Al divino Caton, Numa, Fabricio;  
 “Que en este capitolio tiene asiento,  
 “Del esplendor de Roma grato auspicio;  
 “Este Dios que mostró tanta grandeza,  
 “¿Será un Dios sin poder ni fortaleza?

LXVII.

“¿Romano al nuevo culto seducido,  
 “¿Cómo olvidar pudiste en un instante  
 “Esta santa creencia en que has nacido?  
 “¿Cómo dejar su culto tan brillante  
 “Por adorar á un Dios desconocido?  
 “Mira que abandonando al gran tonante,  
 “Y dejando sus templos y sus aras,  
 “De tus padres, de Roma te separas.

LXVIII.

“Yo no pido por fin, Príncipe augusto,  
“Que ese pueblo en su ley sea forzada,  
“Su Dios dicen que es Dios clemente y justo.  
“Con Jove en el Panteon sea adorado,  
“Mas no sea con Júpiter injusto,  
“Príncipe, César, inclito Senado,  
“Sed con ellos clementes y piadosos,  
“Sean ellos con Jove religiosos.”

LXIX.

Simaco su oracion así acabara;  
La Victoria acató con reverencia,  
Y en medio del senado se sentára.  
Diversos pareceres su elocuencia  
En toda la asamblea provocára.  
Los unos, admirando su afluencia,  
A Hortensio ó Ciceron oír creían;  
Otros de humano y débil le argüían.

LXX.

Todo era movimiento: allí el guerrero  
Su casco y sus penachos agitaba;  
El senador su toga, el agorero  
Su cetro: en todas partes se escuchaba  
Un confuso rumor: con aire fiero  
De indignacion Galerio muestras daba,  
Constantino al contrario de alegría,  
Solo Augusto impacible parecia.

LXXI.

Los ángeles de luz, aprovechando  
Del discurso de Símaco é indulgencia,  
Por medio de la junta iban volando  
Para escitar la paz y la clemencia.  
De su triunfo Satán desesperando,  
Viendo serle contraria la elocuencia  
Del antiste de Jove, en la osadía  
Del sofista su causa solo fia.

LXXII.

Hierócles se levanta: breve instante  
Cubierto con su manto está callado  
Con gesto pensativo y arrogante.  
En todas las argucias iniciado  
De una falsa elocuencia; petulante,  
Astuto al mismo tiempo y solapado,  
Doble, mordaz, hipócrita, sofista,  
Tal era el temerario antagonista.

LXXIII.

El genio del error, aparentando  
La figura de un sabio, se le llega  
Al lado, su discurso autorizando.  
Sus brazos de repente aquel desplega;  
Echa el manto á la espalda; saludando  
A Augusto y á Galerio, al suelo pega  
Con su frente, las manos sobre el pecho:  
En seguida comienza á hablar derecho.

LXXIV.

“Prole eterna de Jove, Diocleciano,  
 “Augusto, octavo Cónsul, muy elemente,  
 “Muy divino y muy sabio soberano,  
 “Maximiano Galerio, descendiente  
 “De Alcides, Triunfador, César, Humano,  
 “Sabio ilustre, Filósofo eminente;  
 “Senado venerable, en ciencia lleno,  
 “Mi voz permitís se oiga en vuestro seno!

LXXV.

“Con tanto honor turbado, de otra parte  
 “Escaso en el saber, de corta ciencia,  
 “Faltárame el aliento si un baluarte  
 “No fuese á mi humildad vuestra clemencia,  
 “Mas en mí la verdad suplirá al arte.  
 “Desnudo del disfraz de la elocuencia  
 “Trataré de ponerla en claro dia,  
 “Llevando la razon solo por guia.

LXXVI.

“Apenas el acaso produjera  
 “Los hombres, principió la sociedad.  
 “Un instinto comun los reuniera.  
 “La guerra sucedió á la propiedad.  
 “El hombre inventó el Dios que comprimiera  
 “Las pasiones ajenas y maldad.  
 “La religion hallada, los tiranos  
 “Supieron añadirla sueños vanos.

LXXVII.

“Luego olvidando el hombre el nacimiento  
 “De los Dioses, creyendo en su existencia,  
 “Tomó por general consentimiento  
 “Ese unánime error. La fraudulencia  
 “Del tirano al engaño da fomento,  
 “Levantando su altar á la Clemencia,  
 “Al fin que el pueblo esclavo é infelice  
 “Sus penas con el cielo suavice.

LXXVIII.

“Primero engañador, luego engañado  
 “De su ídolo el Pontifice se prenda;  
 “El jóven de las gracias que ha adorado,  
 “Forma nueva Deidad; tambien su ofrenda  
 “Presenta á su dolor el desgraciado.  
 “Los ánimos ajita la contienda,  
 “Y de aquí el fanatismo tiene origen,  
 “El mayor mal de los que al hombre affigen.

LXXIX.

“Qué de ruinas causaron, y qué de estragos,  
 “Tan solo numerarlos podré apenas.  
 “El incendio por medio de los Magos  
 “Los altares de Menfis y de Atenas.  
 “Dias mas tristes, dias mas aciagos  
 “Dió á la Grecia labrando sus cadenas.  
 “Quizá á Roma igual suerte se destina  
 “Si se deja extender esa doctrina.